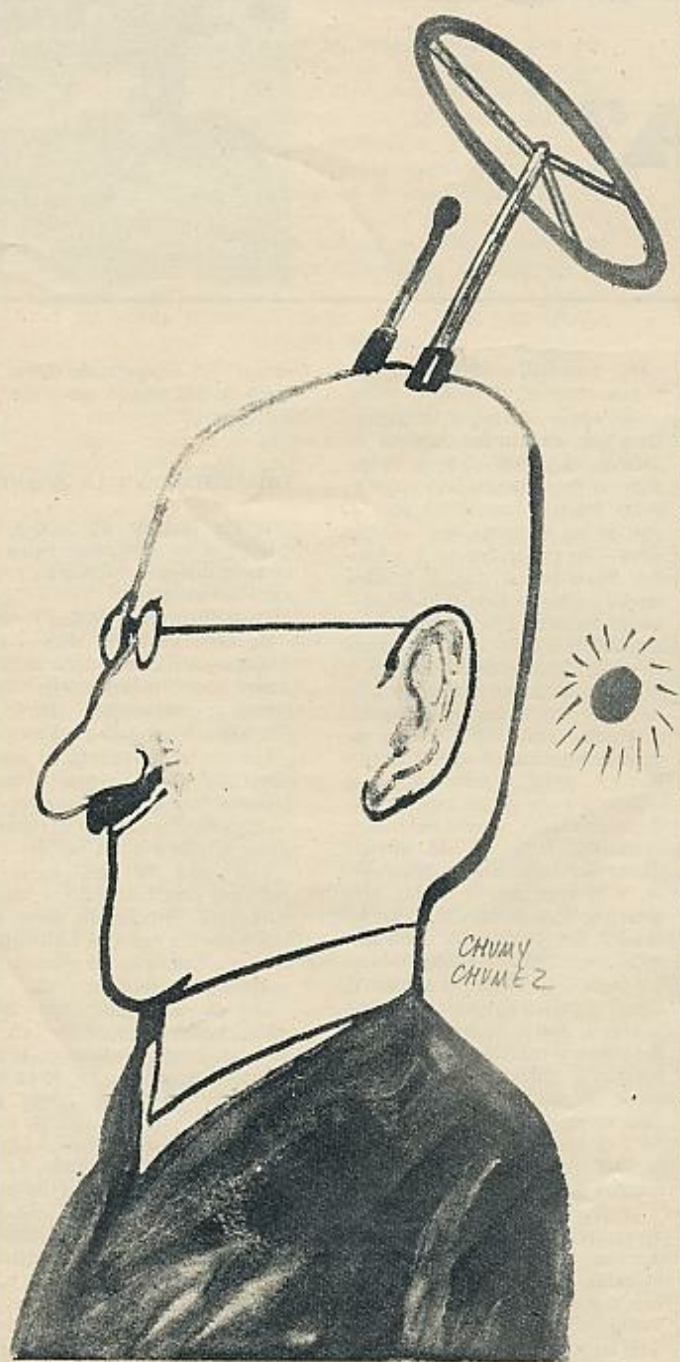


CHUMY-CHUMEZ



art
buch
wald

REGALOS PARA TODOS

WASHINGTON.—Las Cajas de Ahorros del país se han lanzado a toda vela en el asunto de los regalos. Con el fin de atraerse clientes, regalan de todo, desde aparatos de televisión en color hasta segadoras mecánicas de césped. Y, claro, la competencia se hace cada vez más encarnizada.

El otro día fui a un Banco a cambiar un billete de veinte dólares y, al presentarme en la ventanilla, la cajera me dio una olla a presión.

—No —le dije—. No deseo esta olla, yo he venido a...

Ella, sin decir palabra, se agachó tras el mostrador y sacó una caja.

—¿Le gustaría una plancha de vapor con veintidós huecos?

—Muchas gracias, pero el hecho es que yo...

—Bueno, le daremos un reloj despertador con números fosforescentes que brillan en la oscuridad.

—Mire, señorita, no quisiera parecer desagradecido, pero lo único que quiero es que me cambien este billete.

La cajera apretó un botón y al instante había a mi lado un par de fornidos guardianes del Banco. Uno de ellos dijo:

—Venga, siganos, despacio y sin armar escándalo.

Fui conducido al despacho de un vicepresidente. Me hicieron entrar. Los dos guardias permanecían de pie junto a mí, con las manos en las culatas de sus revólveres. El que antes había permanecido en silencio explicó:

—No quiere la olla a presión, ni la plancha de vapor, ni una radio-reloj despertador.

—Un provocador auténtico —subrayó el otro.

El vicepresidente, más conciliador, insinuó:

—Estoy seguro de que algo podremos hacer.

—Claro —dije—, alargándole el billete de veinte dólares.

—Deje a un lado su dinero —se enojó. Luego buscó en un catálogo y me preguntó:

—¿Qué tal, entonces, un juego completo de dormitorio con tres piezas? Yo movía la cabeza negativamente.

—Bien, le instalaremos una cocina nueva, pero tendrá que dejar los veinte dólares por un año completo.

—¡Pero si yo no quiero depositarlos! ¡Sólo quiero cambiar el billete por otros menores!

El vicepresidente me miró con un asombro infinito.

—¡Vigílenlo! —y se metió en otra oficina contigua, de donde, a los quince minutos, regresó en compañía de un individuo que se me presentó como otro vicepresidente, pero de puesto más alto.

—Ya veo —comenzó— que Collins le ha estado ofreciendo baratijas. Pero se ve que es usted un hombre de buen gusto.

—Gracias —respondí—, mientras sostenía el billete en la mano. El individuo me rogó que le siguiera y entramos en una oficina cuyas paredes se hallaban literalmente cubiertas de cuadros.

—Vamos a ver, podemos darle este Greco, que es original, o el Van Gogh, siempre que usted acepte no retirar los veinte dólares durante dos años.

—Es usted muy amable, pero el hecho es que yo necesito el dinero.

—Es usted una persona difícil, ¿verdad? ¿Le interesaría un interés trimestral en el edificio PANAM, de Nueva York? Para eso tendría que dejar los veinte dólares depositados por un espacio mínimo de cinco años.

Yo estaba ya más que enojado.

—Miren, no quiero abrir ninguna cuenta en este Banco, sólo quiero cambiar este billete, iré al Banco de enfrente.

—Bien, si usted se pone duro, nosotros también. Le daremos una avioneta privada, un "Rolls-Royce", la casa de Bebé Rebozo en Key Biscaine, Florida. Es nuestra última oferta.

Ya en plena irritación, les volví la espalda, sali y crucé la calle hacia el otro Banco. Nada más enfilar la puerta, me vi bloqueado por cuatro agentes del FBI.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido un atraco —contestó el que parecía jefe—. Los atracadores han huido llevándose tres fonógrafos, una lavadora automática, un destructor de basuras y una manta eléctrica...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)